

EL CONSUMO: UNA FORMA DE “SOPORTAR” LA FELICIDAD

El mundo de los felices es un mundo con sentido [...] y el mundo de los infelices es un mundo absurdo (porque no se «ve» que la vida tenga un sentido).

WITTGENSTEIN.

Se dice que el tiempo es el mejor consejero, que el tiempo cura las heridas, que hay que darle tiempo al tiempo, que cada cosa bajo el sol tiene su tiempo. Todas estas acepciones, y algunas más, tienen la finalidad de dar a entender que obtener una felicidad satisfactoria es cuestión de tiempo; que las vivencias del hombre, ya sean buenas o malas, llámense: metas, proyectos, deseos, aspiraciones, ambiciones, o por el contrario: frustraciones, decepciones, impotencia, tristeza, rechazo, etcétera, tienen que pasar por un proceso de maduración, en el cual intervienen factores importantes como son la paciencia, el esfuerzo, pero sobre todo, el compromiso de conseguir una verdadera aceptación de las cosas o situaciones, y aún más importante, para hacer crecer el espíritu del hombre y así obtener un alma más fuerte y grande, la cual sepa hacer frente a los escenarios que se le presenten. Pero en una época flotante como la que vivimos, donde el tiempo se difumina, se diluye; donde los lapsos se acortan; podríamos, en términos coloquiales, hasta decir que no hay tiempo para nada y esto gracias a la rapidez con que se vive, donde la comida rápida, la información rápida, el sexo rápido, el dinero rápido, el bajar de peso rápidamente, etcétera, nos invitan más a la búsqueda de una felicidad, por lla-

marle de alguna manera "ficticia", mediante el consumo, dándonos como consecuencia la comparación y la competencia. Es así como surgen las preguntas ¿viviremos una verdadera felicidad, luchamos día a día por obtener dicha felicidad y contra quién?, ¿en qué lugar queda el esfuerzo y el compromiso, con quién se tiene ese compromiso y para qué?, ¿cómo se puede entender el compromiso en un mundo tan lleno de competitividad, opciones y posibilidades?

La modernidad es la expresión máxima con que el hombre ha demostrado en toda su plenitud su capacidad racional. Al terminar su relación con la tradición cristiana, el individuo se vio a sí mismo como la única autoridad, y por lo mismo, su vida en este mundo se redujo a esta realidad física, ya no al más allá, sino al aquí y ahora. El paraíso habría que construirlo aquí; pero lo más importante, la felicidad del hombre se lograría gracias a lo que denominó como progreso.

El progreso tiene la característica de ser lineal y siempre hacia arriba; no se permiten los errores pero los fracasos sirven para estudiarlos y poder seguir esa carrera desenfadada hacia delante, siempre adelante. El hombre tenía la convicción de poder hacer realidad todas las utopías que en un momento imaginó y podía crear ese mundo perfecto del que tanto hablaba la religión, pero que se quedaba en puras especulaciones y promesas; la tarea consistía ahora en hacerlo realidad. El proyecto moderno parecía ambicioso, pero nada detendría al hombre del llamado "Siglo de las Luces" (el XVIII), para el que todo estaba o se encontraba en su voluntad y en su razón:

*(La felicidad en la Ilustración)*¹ Representa una maravillosa confianza en el perfeccionamiento del hombre, en su capacidad para librarse de la eterna repetición de la desdicha, en su voluntad de crear algo nuevo [...] algo mejor. Confianza en los poderes cruzados de la ciencia, la instrucción y el comercio para hacer realidad el advenimiento de la edad de oro del género humano. (Bruckner, 2001: 39)

1 Las cursivas son mías.

Más tarde la ciencia y la técnica jugaron un papel importante en alcanzar dicho progreso; tanto la medicina –encargada de curar y de alargar la vida– como el crecimiento de las capacidades bélicas –encargadas de destruir– tuvieron adelantos importantes. La fe ciega en el paraíso del progreso se fue convirtiendo en una bomba de tiempo, que explotó en un principio con la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la cual hizo tambalear al hombre, pues era un aviso incipiente de lo que la modernidad podía realizar. Pero no fue sino hasta la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) cuando el hombre descubrió lo que eran capaces de hacer la ciencia y la tecnología con la destrucción de dos ciudades japonesas en unos cuantos minutos (Hiroshima y Nagasaki). Es así como el hombre moderno fue víctima de su propia creación: había jugado al aprendiz de brujo y desató fuerzas que no podía controlar. Aparece entonces la expresión «Síndrome de Hiroshima», para referirse básicamente, a una vida desconfiada ante lo que el progreso puede producir o crear: se vive más bien en la incertidumbre porque el futuro ya no es tan claro ni prometedor. El presente se vuelve así más importante y más vivo, y, por lo tanto, el hombre *se aferra* a él.

De esta manera, el hombre se percata de que su vida corre peligro y se repliega en sí mismo; de ahí que tenga que vivir al máximo y, sobre todo, extender lo más que pueda su estancia en este mundo. El hedonismo es una nueva religión, y el hombre se desliga de los intereses de grupo para reducirlos de sí mismo. Nace entonces lo que Lipovetsky llama el "proceso de personalización", mediante el cual el individuo impar se convierte en un nuevo centro, por lo que se tiene que ser más comprensivo y tolerante con él: "Así opera el proceso de personalización, nueva manera para la sociedad de organizarse y orientarse, nuevo modo de gestionar los comportamientos, y no la tiranía de los detalles sino por el mínimo de coacciones y el máximo de elecciones privadas posible, con el mínimo de austeridad y el máximo de deseo, con la menor represión y la mayor comprensión posible". (Lipovetsky, 1986: 6-7)

Al sentirse víctima de sus creaciones, el hombre desarrolló un estado absoluto de derechos, olvidándose de sus obligaciones. La vida tiene ahora que dirigirse con un sentido total de diversión y consumismo, como si se regresara a un estado de infancia, pero sin los deberes del adulto. El individuo tiene que ser recompensado por el daño que él mismo causó.

Es así como la felicidad se volvió un anhelo importante, ya que al reducirse la vida a este mundo el hombre sintió la necesidad de pasarla lo mejor posible; valores como el dolor, la enfermedad y la muerte dejaron de tener peso e importancia, pero sobre todo perdieron sentido. En consecuencia, hubo que eliminarlos. Por ello se creó una nueva sociedad, más temerosa del sufrimiento y más higienista. Todo lo que produjera bienestar fue aceptado y bienvenido. La felicidad se convirtió en un derecho; más aún, en una obligación: "nuestra época cuenta una extraña fábula: la de una sociedad entregada al hedonismo a la que todo le produce irritación y le parece un suplicio. La desdicha no sólo es la desdicha, es algo peor: el fracaso de la felicidad." (Bruckner, 2001: 18).

Primeramente se debe entender que esta obligación a la felicidad se encuentra solamente en los estados modernos; para ser feliz se tiene que vivir en ellos. Es entonces que los países desarrollados, sobre todo de Occidente, se valen de la idea de progreso para conquistar a los países menos desarrollados, haciéndoles creer que los liberan de la ignorancia y que mediante el conocimiento llegarán a ser felices, tal y como ellos lo son. En otras palabras: los liberan para después conquistarlos imponiéndoles su forma de pensar, la cual consideran como la correcta, y no dejándolos crecer por sí mismos. Se trata de realizar poco a poco lo que algunos pensadores denominan la "aldea global". Occidente considera que el resto del mundo, el no "civilizado", le debe el favor de la razón: "la dominación no tiene como objetivo *declarado*² esclavizar sino liberar, es decir, hacer avanzar a los pueblos más atrasados, hacerlos progresar, hacerlos crecer y madurar." (Campillo, 1985: 19)

Una vez que ya se ha establecido el Estado Moderno, los hombres que en él habitan tienen todo para disfrutar de un mundo que se les presenta con una gama de opciones y posibilidades: sólo es cuestión de que decidan tomarlas, ya que el Estado Moderno ofrece todas las facilidades, llámense diversión, medios de comunicación, sexo, drogas, salud, etcétera. Lo único que hay que dar a cambio es trabajo, y conforme éste sea mayor así serán los beneficios que se pueden obtener; de lo contrario, al individuo improductivo se le puede considerar como un muerto social, o que sufre de una muerte social, ya que no genera nada. La felicidad deja de ser una alegría para convertirse en una carga porque el individuo no puede participar o verse beneficiado de las bondades que proporciona el Estado Moderno.

Se debe entender que al sujeto se le implanta una idea de dependencia del Estado (el Estado Moderno), ya que éste puede satisfacer o cubrir todas las demandas y necesidades que sus integrantes requieren; pero para ello, el individuo tiene que responder de igual manera y beneficiar al Estado; de lo contrario, ambos morirán: "La idea que se nos trata de transmitir es justamente ésta: o sobrevive el sistema o perecemos todos con él; no se puede [...] luchar por la propia supervivencia sin luchar simultáneamente por la supervivencia del sistema; y a la inversa, luchar por la supervivencia del sistema es luchar por la supervivencia de la propia especie humana." (Campillo, 1985: 107).

Con lo anterior se puede comprender que existe una relación simbiótica entre el individuo y el Estado Moderno; que el uno sin el otro no puede vivir; que el bienestar se encuentra en ambos y a la vez en ninguno, de ahí que haya que trabajar en equipo, por decirlo de alguna manera. Pero qué sucede cuando la felicidad se nos presenta como un bien supremo; que de nosotros mismos depende ser o no felices, claro, en esta realidad. ¿Será entonces que la prosperidad sí esta hecha para todos, que los fracasados lo son porque quieren? Y

2 Las cursivas son mías.

si es así, entonces ¿qué hay que hacer para obtener la tan anhelada felicidad?

Se debe entender que constantemente somos seducidos en nuestras sociedades modernas contemporáneas por un inmenso abanico de opciones que se nos pone enfrente, lo que en palabras de Lipovetsky sería una mayor oferta de bienes y servicios, en los cuales es casi imposible no poner atención porque además son muy llamativos. El Estado nos vende la idea de lo que podemos lucir u ostentar gracias a nuestro trabajo. Es como un mercader que no nos deja ir sin que antes le compremos algo. Ya sea porque nos guste cualquier objeto, porque nos insista demasiado o simplemente porque nos dé barata cualquier mercancía. Pagamos con la moneda de la vanidad para que el Estado nos dé como vuelto la comparación. Saldamos con el billete de denominación más grande que tenemos, aunque lo que compremos cueste barato, para que los demás vean que nos devuelve mucho cambio, y con ello podamos causar envidia, porque nunca estamos satisfechos con lo que logramos: siempre queremos más. Tal parece que para ser felices es necesario tener más, acumular más. De esta manera, las ganancias obtenidas por medio del trabajo se convierten en un símbolo de poder que no sólo se refieren a lo económico, sino también a lo político, social, intelectual, científico, tecnológico, etcétera.

El individuo se encuentra solo para elegir y tomar decisiones sobre lo que quiere; pero sobre todo, propicia el consumo, la comparación y la competencia: "La seducción nada tiene que ver con la representación falsa y la alienación de las conciencias; es ella la que construye nuestro mundo y lo remodela según un *proceso sistemático de personalización* que consiste esencialmente en multiplicar y diversificar la oferta, en proponer más para que uno decida más, en substituir la suje-

ción uniforme por la libre elección, la austeridad por la realización de los deseos". (Lipovetsky, 1986: 19).

Al desarrollar una lógica de diversión, el hombre moderno pretende desligarse de las culpas que nacen de sus creaciones, y pretende tomar el lugar de la víctima que debe ser recompensada; a ésta se le invita a vivir en una especie de infantilismo en que los derechos están por encima de las obligaciones, por lo que los deseos, y en otras ocasiones los caprichos, deben ser realizados. Un medio para satisfacer los deseos es el consumo, y el conducto más efectivo, la televisión, entre otros tantos (radio, *Internet*, publicidad masiva, etcétera); y es efectivo porque estamos instalados en una cultura de lo visual, donde necesariamente se "cree lo que se ve". Gracias al plan de la modernidad de llevar a la luz el conocimiento, no hay lugar para las especulaciones habladas, ni mucho menos oídas. Ya no queremos esforzarnos en imaginar las cosas; queremos que se nos presenten tal y como son: "la adecuación de la conducta a la vista deja a cada uno libre para la desviación interior, desde lo cual el individuo moderno asume «ocupaciones», ya no «obligaciones» asignadas, como era tradicional" (Bilbeny, 1997: 22). Con esto se entiende que el sujeto, en medio de tantas decisiones que debe tomar, se abstiene de ellas por un momento, y deja que otros las tomen por él, presentándole en bandeja, como a un rey, las opciones, sin que tenga que mover un sólo dedo; es así que se *ocupa* de escoger lo que más le agrada y que se sienta, por un instante, como un bebé mimado: "la lógica consumista es asimismo y ante todo una lógica infantil que, además del vitalismo conferido a las cosas, se manifiesta bajo cuatro formas: la urgencia de placer, la habituación al don, el sueño de la omnipotencia, la sed de diversión" (Bruckner, 1996: 58). De lo que se trata es de hacer del individuo un consumista consumado.³

Pero ahora surgen otras preguntas: ¿cómo lograr que nuestros deseos se cumplan y estar a la altura, en lo posible, de los deseos de los demás, o estar simplemente sobre los deseos de otros?, ¿de

3 Esto se puede ver claramente en la obra de Aldous Huxley *Un mundo feliz*, donde "profetiza" cómo el Estado condiciona al individuo para que consuma haciéndole creer de esa manera que será feliz sin que se dé cuenta que el beneficio es para el propio Estado.

si es así, entonces ¿qué hay que hacer para obtener la tan anhelada felicidad?

Se debe entender que constantemente somos seducidos en nuestras sociedades modernas contemporáneas por un inmenso abanico de opciones que se nos pone enfrente, lo que en palabras de Lipovetsky sería una mayor oferta de bienes y servicios, en los cuales es casi imposible no poner atención porque además son muy llamativos. El Estado nos vende la idea de lo que podemos lucir u ostentar gracias a nuestro trabajo. Es como un mercader que no nos deja ir sin que antes le compremos algo. Ya sea porque nos guste cualquier objeto, porque nos insista demasiado o simplemente porque nos dé barata cualquier mercancía. Pagamos con la moneda de la vanidad para que el Estado nos dé como vuelto la comparación. Saldamos con el billete de denominación más grande que tenemos, aunque lo que compremos cueste barato, para que los demás vean que nos devuelve mucho cambio, y con ello podamos causar envidia, porque nunca estamos satisfechos con lo que logramos: siempre queremos más. Tal parece que para ser felices es necesario tener más, acumular más. De esta manera, las ganancias obtenidas por medio del trabajo se convierten en un símbolo de poder que no sólo se refieren a lo económico, sino también a lo político, social, intelectual, científico, tecnológico, etcétera.

El individuo se encuentra solo para elegir y tomar decisiones sobre lo que quiere; pero sobre todo, propicia el consumo, la comparación y la competencia: "La seducción nada tiene que ver con la representación falsa y la alienación de las conciencias; es ella la que construye nuestro mundo y lo remodela según un *proceso sistemático de personalización* que consiste esencialmente en multiplicar y diversificar la oferta, en proponer más para que uno decida más, en substituir la suje-

ción uniforme por la libre elección, la austeridad por la realización de los deseos". (Lipovetsky, 1986: 19).

Al desarrollar una lógica de diversión, el hombre moderno pretende desligarse de las culpas que nacen de sus creaciones, y pretende tomar el lugar de la víctima que debe ser recompensada; a ésta se le invita a vivir en una especie de infantilismo en que los derechos están por encima de las obligaciones, por lo que los deseos, y en otras ocasiones los caprichos, deben ser realizados. Un medio para satisfacer los deseos es el consumo, y el conducto más efectivo, la televisión, entre otros tantos (radio, *Internet*, publicidad masiva, etcétera); y es efectivo porque estamos instalados en una cultura de lo visual, donde necesariamente se "cree lo que se ve". Gracias al plan de la modernidad de llevar a la luz el conocimiento, no hay lugar para las especulaciones habladas, ni mucho menos oídas. Ya no queremos esforzarnos en imaginar las cosas; queremos que se nos presenten tal y como son: "la adecuación de la conducta a la vista deja a cada uno libre para la desviación interior, desde lo cual el individuo moderno asume «ocupaciones», ya no «obligaciones» asignadas, como era tradicional" (Bilbeny, 1997: 22). Con esto se entiende que el sujeto, en medio de tantas decisiones que debe tomar, se abstiene de ellas por un momento, y deja que otros las tomen por él, presentándole en bandeja, como a un rey, las opciones, sin que tenga que mover un sólo dedo; es así que se *ocupa* de escoger lo que más le agrada y que se sienta, por un instante, como un bebé mimado: "la lógica consumista es asimismo y ante todo una lógica infantil que, además del vitalismo conferido a las cosas, se manifiesta bajo cuatro formas: la urgencia de placer, la habituación al don, el sueño de la omnipotencia, la sed de diversión" (Bruckner, 1996: 58). De lo que se trata es de hacer del individuo un consumista consumado.³

Pero ahora surgen otras preguntas: ¿cómo lograr que nuestros deseos se cumplan y estar a la altura, en lo posible, de los deseos de los demás, o estar simplemente sobre los deseos de otros?, ¿de

3 Esto se puede ver claramente en la obra de Aldous Huxley *Un mundo feliz*, donde "profetiza" cómo el Estado condiciona al individuo para que consuma haciéndole creer de esa manera que será feliz sin que se dé cuenta que el beneficio es para el propio Estado.

qué manera obtener mejores ganancias cuando todos los individuos buscan lo mismo? Los beneficios se logran primordialmente a través de la competencia y la comparación.

Se puede considerar que dos son las direcciones que siguen de estos interrogantes: la primera es la de la promesa de la modernidad, consistente en unificar los conocimientos, sacar de la ignorancia a los más atrasados y llevarlos a la luz de la cognición. Es necesario tener en cuenta que en abundancia la luz también causa ceguera, por lo que hay que filtrarla para que cada rayo nos permita ver con un poco de más claridad. Esto es lo que pasó con el conocimiento: es tanto que no es posible manejarlo en su totalidad, por ello se ha debido llegar a la especialización. La promesa de la unificación de los saberes se rompió sin concretarse, ahora un mismo problema, un mismo fenómeno, puede verse desde varias perspectivas tan minuciosamente que hasta quienes se dedican a una misma rama del conocimiento tienen conflictos entre sí, lo cual genera competencia para ser mejor que los colegas y se imponen las comparaciones con base en una todavía mayor especialización, de suerte que "todos somos especialistas, todos somos expertos en algo, y cada uno procura ser más experto que sus compañeros de oficio, esto es lo que nos aleja a unos de otros, lo que nos enfrenta a uno con otro. La atomización y la competitividad (*sic*) son los rasgos característicos de los saberes contemporáneos". (Campillo, 1985: 77).

Por otro lado, al ser mal vistas las guerras bélicas existen otra clase de guerras –por decirlo de alguna manera– "frías", mediante las cuales los países demuestran igualmente su señorío. Dos de las más reconocidas son los juegos olímpicos y los mundiales de fútbol. Que más que juegos de la amistad, son juegos de comparación y competencia malsana, ya que se invierte mucho dinero en ellos, primeramente para que el mundo vea el poderío económico del país anfitrión, y después para que los países que participan demuestren que tienen lo necesario para que sus atletas sean los mejores. Con esto se logra que los países menos de-

sarrollados admitan lo infelices que son por no lograr la felicidad de los países desarrollados.

La vida cotidiana señala la segunda dirección: ¿cómo movernos en la supervivencia que puede ser vista como una "carrera de ratas"? Se puede considerar que a través de la competencia y la comparación, pues, en un medio tan hostil como en el que nos movemos, es necesario estar armados –no precisamente con armas de fuego– si lo que pretendemos es lograr nuestros objetivos por una vía correcta. Será mediante el conocimiento o la educación académica como podamos estar adelante de los otros.

Como ya se dijo, el proceso de personalización nos repliega en nosotros mismos: tenemos la obligación de cuidar de nosotros. Es como si corriéramos a lo largo de nuestras vidas en un maratón, donde cada quien lleva su paso según cómo esté preparado; pero ya no en una carrera de relevos, como se hacía anteriormente, cuyos fines eran los del grupo. Al ser individual la carrera, se puede llegar antes o después a la meta. En algunos casos lo que se pretende únicamente es aguantar hasta el final. Claro está que el mejor preparado se lleva el premio, que consiste en la "felicidad". Algunos obtendrán el reconocimiento; otros, sólo tendrán rabia, que es un *extra*, tanto como una motivación para seguir preparándose. Rebasar es importante por que se alcanzan mejores lugares y hay mayores oportunidades de ganar: con una mayor especialización se puede «tronar» al contrincante y eliminarlo.

El problema viene cuando se pretende tomar atajos para llegar más rápido con menor esfuerzo; algunos lo logran, pero la mayoría va por un camino sin salida. Aquí entra la influencia de la televisión en quienes se juegan la vida por lograr el éxito, la fama y la fortuna. Cuando no se logra el objetivo se cae en la angustia, la frustración y la depresión; se piensa que todo está acabado y que se ha perdido el derecho a seguir en la carrera ante el retraso con respecto al resto de los competidores.

Surge entonces la pregunta acerca de ¿cuál es la finalidad de la maratónica carrera y hacia dón-

de se avanza? Pareciera que el sistema nos quiere mantener ocupados, que no veamos la realidad: ¿nos quiere ocultar algo acaso? Da la impresión que nuestras vidas se resumieran en trabajar sólo para consumir, pero ¿por qué?

Imaginemos la siguiente escena, que tiene que ver con la forma en que la modernidad se vale del consumo para justificar su incapacidad de otorgar una felicidad real: el príncipe cabalga en su noble corcel en busca de la bella durmiente. Después de mucho tiempo, logra encontrarla. Baja de su caballo y camina ansioso por despertarla. Por fin ha llegado el momento que tanto esperaba, para mostrarle la realidad despertándola de su sueño profundo para vivir felices, pero sobre todo para enseñarle el mundo tal y como es. Ya la tiene cerca de él, la mira toda: se ve tan indefensa. Después de contemplarla por un momento, decide que es el momento indicado para besarla, para ver cómo abre sus ojos. Su boca está cerca de la de ella; se aproxima más y más, y ya cuando está a punto de tocar sus labios, se detiene súbitamente. Se replantea la situación, y decide que lo mejor es violarla, así es que sube su falda y la posee. Mantenerla dormida es mejor para sus intereses que tener el compromiso de estar con ella una vez despierta. Y no conforme, llama a otros príncipes para que la violen también.

La modernidad propuso despertarnos del sueño profundo relativo al bienestar del más allá (una realidad etérea a través del conocimiento científico, sistemático y comprobable); como fórmula de una felicidad real y tangible, pero esa realidad que ofrecía no resultó tan bella ni perfecta como su promesa, sino todo lo contrario: una existencia llena de incertidumbre e inseguridad, con un futuro sombrío. El problema es que ya estábamos despiertos y cómo hacer entonces para soportar la realidad. El sistema nos mantiene drogados con una felicidad ficticia, tanto para que no veamos la realidad como para que el dolor sea menos intenso. Esto lo logra haciéndonos consumidores. El consumo es

una droga que evita la pena de no vivir en un mundo de ensueño, sino en el vacío del propio mundo. Es tan adictivo este narcótico que nos aísla y nos aleja de los demás. Es así como el sistema saca provecho de nosotros y viola conciencias en su calidad de portador de la droga: "Ese mundo [*de consumo*]⁴ que, en su excentricidad, alcanza a veces una especie de belleza paradójica, no nos plantea ningún dilema, sólo aporta respuestas, tiende hacia nosotros una mano siempre llena". (Bruckner, 1996: 52).

Aparentemente, la modernidad nos ha hecho el camino más fácil: somos como pilotos de autos de carreras manejando en esa autopista. La velocidad alcanzada es inmensa, no vamos a lugar alguno: manejamos por manejar. En el peor de los casos, la meta es la destrucción. La autopista es tan recta—su construcción ha llevado mucho tiempo— que resulta monótona ante la aparente falta de obstáculos que nos obliguen a estar atentos, a ser cuidadosos y a concentrarnos.

La monotonía del camino la hemos llegado a ver como cotidiana. Sin embargo, y por ello mismo, vivir resulta pesado: no pasa nada, todo es repetitivo; ya no hay maravilla, sino grisura, pese a que vivimos llenos de novedades y renovaciones: "Lo cotidiano, lugar de una sempiterna repetición, lo vuelve todo neutro, elimina los contrastes, aplasta los contenidos, constituye esa fuerza de indeterminación que ahoga amores, sentimientos, iras y esperanzas en una especie de gelatina homogénea" (Bruckner, 2001: 82-83). La cotidianidad es el resultado de la línea recta impuesta por la modernidad, a la que puede verse como la inocencia perdida del niño al que se explica cómo funcionan los trucos del mago, y se le arrebató así la capacidad de asombro, de admiración y de misterio, de tal forma que cuando vuelve a ver el mismo truco le parece normal. Su indiferencia es resultado de que conoce el secreto del truco.

En su afán por crear su felicidad, el hombre de la Ilustración cayó en la desdicha de la repetición de la que quería librarse inicialmente. El hombre moderno no es feliz porque la sorpresa ha sido

4 La cursivas son mías.

eliminada de su vida. Como el plan de la modernidad fue la perfección requerida por el progreso, olvidamos nuestra condición de seres imperfectos y nuestra necesidad de llegar a *ser*, que contiene asimismo la posibilidad de equivocarnos, derecho legítimo de seres dotados de razón. Mientras el instinto, no lleva a la equivocación porque su función ya está establecida, la razón obliga a tomar decisiones y por ello somos falibles:

Nada más triste que el futuro cuando se parece a lo que habíamos imaginado. Nos sentimos decepcionados cuando nuestros deseos coinciden con lo que vivimos; mientras que experimentamos una emoción particular al ver que ciertos incidentes desvían nuestras expectativas [...] Una vida exaltante es a la vez realización y desconcierto, es decir, esa decepción maravillosa que se produce cuando ocurre lo que uno no deseaba y nos volvemos sensibles a todo lo que hace que la existencia sea opulenta, ferviente, embriagadora. Una ilusión que se viene abajo siempre es una puerta abierta a los milagros. (Bruckner, 2001: 141-142)

Estamos preocupados por las cosas complejas que dejamos de lado las simples, pero no por ello menos importantes. Lo que llena nuestro espíritu nos hace hombres de verdad, y señala la diferencia con el resto de los seres vivos. Hay que apreciar lo que nos rodea con la misma pasión, admiración y concentración con que el científico desarrolla una nue-

va vacuna. La modernidad ha hecho sentirnos tan adultos y maduros que el sueño y lo simple parecen niñerías.

El hombre pretende hacer complejo lo que es más simple: la vida. No aprecia la diferencia entre comprender y entender. Se puede entender lo que pasa en la vida pero nunca comprender la vida misma, que es tan bella como un milagro.

La existencia del hombre moderno está cargada de una soledad insoportable, la cual trata de maquillar con una felicidad virtual, sin sentido, sustento, ni fondo. La vida se le ha vuelto una jungla, en la cual tiene que cuidarse solo. Con todo, persiste la posibilidad de que el hombre vuelva a sentir la necesidad de poner su felicidad en otras manos, pues solo no puede alcanzarla, y volver a casa como el hijo pródigo en un regreso a su vida anterior con la experiencia de haber recorrido el mundo solo. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Bilbeny, Sorbert (1997), *La revolución de la ética, hábitos y creencias en la sociedad digital*, Barcelona, Anagrama.
- Bruckner, Pascal (1996), *La tentación de la inocencia*, Barcelona, Anagrama.
- ____ (2001), *La euforia perpetua, sobre el deber de ser feliz*, Barcelona, Anagrama.
- Campillo, Antonio (1985), *Adiós al progreso, una meditación sobre la historia*, Barcelona, Anagrama.
- Lipovetsky, Gilles (1986), *La era del vacío, ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama.

